

## ¿Quién friega los platos?

Jorge Marsá

Los conflictos por el trabajo doméstico constituyen hoy el pan nuestro de cada día en las relaciones de pareja. ¿Tiene alguna relación la pelea sobre quién friega los platos con el amor, la realización personal, la igualdad entre las personas, la liberación de la mujer, la identidad cultural o el individualismo? La contestación bien podría ser negativa si la pregunta la responde un varón, y afirmativa si lo hace una mujer.

Ese conflicto constituye una manifestación del cambio de las costumbres que se ha producido durante las dos últimas generaciones en las sociedades más desarrolladas del planeta. La identidad cultural de quienes habitamos en esas sociedades ha sido radicalmente transformada por el proceso de individualización, acelerado tras la revolución cultural que emergió con claridad en la década de los sesenta del pasado siglo.

La individualización ha provocado que un número cada vez más creciente de mujeres y hombres disfrutaran de una libertad sin prece-

denes a la hora de plantearse la forma en que querían vivir sus vidas. Pero también nos proporcionó una tarea sin precedentes: hacer frente a las consecuencias. La libertad individual obtenida, que nos liberaba de las constricciones de la identidad cultural tradicional, nos enfrentaba a la par al fantasma de la incertidumbre, materializado en el temor al fracaso. Porque la libertad y el fracaso constituyen pareja inseparable.

Donde puede observarse con más claridad el imparable proceso de individualización, el paso de las concepciones centradas en el conjunto a las que lo hacen en la persona, ha sido en las relaciones de pareja. Se ha discutido frecuentemente en estas décadas sobre la posible desaparición del matrimonio o de la familia. El debate fue estéril en no pocas ocasiones, porque se utilizaban los mismos términos para definir realidades bien distintas. El matrimonio y la familia permanecen; pero tienen poco que ver con lo que eran.

Hasta los años sesenta, el matrimonio era una institución que prevalecía por encima de la libertad individual de los esposos. Se entendía que existían unas obligaciones, especialmente por lo que se refería a las mujeres, que no podían ser contravenidas por quienes contraían matrimonio. Y así lo reflejaba la legislación de cualquier país. La familia fue hasta entonces una comunidad de necesidad, en la que la solidaridad resultaba una obligación, al margen de que fuera aceptada en muchas ocasiones de buen grado. Fuera de ella era difícil guarecerse de las inclemencias de una sociedad escasamente preocupada por asumir la

*La libertad individual obtenida, que nos liberaba de las constricciones de la identidad cultural, nos enfrentaba a la par al fantasma de la incertidumbre*

\* Aunque no se haya citado textualmente, este artículo ha utilizado sin reparo dos libros de Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim: *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, y *El normal caos del amor*, ambos publicados por Ediciones Paidós.

solidaridad con los más débiles. Sin embargo, esa situación fue transformada en buena parte por tres fenómenos: en primer lugar, la consolidación del Estado del bienestar, que proporcionó un cierto cobijo a los individuos de menos éxito en el mercado laboral, disminuyendo su dependencia de la familia. En segundo término, la masiva incorporación de las mujeres a ese mercado laboral, con secuelas similares al reducir su dependencia del matrimonio. Por último, y como consecuencia de ambos fenómenos, por la revolución de las costumbres a la que hacíamos referencia.

A partir de entonces, en la vida de muchas personas comenzó a cobrar más importancia el empeño por construir su propia biografía personal que el sometimiento a las tradiciones comunitarias. Y, claro, esa vida que antes transcurría con una cierta "naturalidad", con arreglo a las tradiciones, empezó a complicarse; porque son muchas las decisiones, y las dudas aparejadas, cuando uno tiene que afrontar la vida propia e, inevitablemente, confrontarla con la de aquellos que nos acompañan.

La familia y el matrimonio han dejado de ser una comunidad de necesidad, para convertirse en relaciones de elección; y, además, provisionales. Hoy asistimos a relaciones elegidas, en las que cada uno de sus integrantes aporta su propios intereses, experiencias y objetivos. No es de extrañar, por tanto, que resulte necesario un esfuerzo notablemente superior que en el pasado para mantener unidas las diferentes aspiraciones a la construcción de biografías

personales. Y que incluso con ese esfuerzo, los resultados no estén garantizados: hoy, en los países más desarrollados de Occidente, uno de cada dos matrimonios acabará en divorcio.

### **Amor o trabajo**

Como resulta obvio, esta transformación social no ha afectado de igual manera a todos los individuos. En el terreno de la familia y el matrimonio, la lucha por la liberación de la tradición la lideran las mujeres, mientras que no son pocos los hombres que, con muy diferentes e incluso correctos vocabularios, se resisten a perder los privilegios de la vieja identidad cultural. Y asistimos a un claro desequilibrio en la balanza del amor. Como sostiene Elisabeth Beck-Gernsheim, no hay suficientes hombres modernos para las mujeres modernas, o no hay suficientes mujeres tradicionales para tanto hombre tradicional.

El amor se transfigura dependiendo de esa modernidad o tradicionalidad de los intereses. Así lo explica una mujer en una entrevista: "Buscamos diferentes muestras de amor. Él se siente amado cuando hacemos el amor. Yo me siento amada cuando él me prepara la cena o hace la limpieza". Y es que en las entrevistas con los sociólogos un número sorprendentemente elevado de mujeres relaciona el amor con la ayuda en casa; tan sorprendente como el de los hombres que lo hace: ninguno.

Esta constatación nos revela la muy diferente forma en la que se asume el principio de igualdad entre los sexos, que en teoría todo el mundo acepta. Dicho de otro modo, la notable discrepancia entre las ideas y las prácticas de

*Un número sorprendente-mente elevado de mujeres relaciona el amor con la ayuda en casa; tan sorprendente como el de los hombres que lo hace: ninguno*

los varones en la vida cotidiana. Sin embargo, las palabras tienen más fuerza de lo que muchas veces se cree, y varias décadas de retórica de la igualdad, de derechos y de oportunidades, han transformado a las mujeres. Razón por la cual, en esas mismas encuestas, muestran mayoritariamente su deseo de estar más emancipadas de lo que ya están; mientras los hombres preferirían que su pareja estuviera menos emancipada de lo que está, esto es, que fuera una esposa más tradicional.

La aspiración a la consecución de la igualdad ha provocado, lógicamente, que cada vez haya más mujeres que no están dispuestas a aceptar la desigualdad real en el seno de sus relaciones de pareja. Así, el reparto de las tareas domésticas se convierte en una fuente de enojos y tensiones, cuando no de discusiones abiertas, dentro de los matrimonios.

Esas perspectivas de igualdad han llegado a interiorizarse, hasta formar parte de la propia personalidad, que ahora se ve refutada por la desigualdad que se produce en la vida privada. Ese es el motivo por el que para muchas mujeres de hoy la conducta de sus compañeros no queda reducida a la insolidaridad con las tareas domésticas, sino que constituye una negación de las expectativas y exigencias que conforman su proyecto de vida, es decir, un menosprecio de su personalidad.

### ***Los platos sin fregar***

En una sociedad individualista, la discusión sobre quién friega los platos delata un proceso de transformación social de gran envergadura. Las mujeres se han liberado

—en parte, al menos— de las ataduras familiares, y cada vez esperan menos que un hombre las mantenga, por lo que tienen que valerse y preocuparse por sí mismas. Y cuanto mayores son las expectativas de igualdad con las que afrontan la relación de pareja, más cualidades debe ofrecer el hombre que no esté dispuesto a correr con su parte del trabajo doméstico.

Algunos de ellos comienzan a buscar alternativas a las exigencias de las mujeres liberadas. Es el caso de los que optan por el viejo modelo de casarse con mujeres de un nivel cultural inferior —lo que los norteamericanos denominan *marrying down*—. Actitud que explica, en parte, el notable crecimiento de los matrimonios con mujeres de otra nacionalidad. Se busca para el matrimonio una mujer que cumpla dos requisitos: provenir de un medio cultural en el que todavía se asume que las cuestiones de la casa y la familia son cosa de mujeres; y encontrarse en una situación de desventaja material —bien por vivir en la pobreza en el Segundo o Tercer Mundo, o en la inmigración—, que facilitará la asunción de una relación desigual.

Otros optan por asumir el cambio social. En los países más avanzados en este aspecto, existe un grupo reducido de hombres —pero en constante crecimiento— que optan incluso por un trabajo a tiempo parcial para disponer de más tiempo para dedicarlo a atender las obligaciones del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos.

Resulta evidente que el incremento de este tipo de actitudes dependerá de que la igualdad entre ambos sexos se conquiste en el mercado laboral. Es decir, depen-

***Suele librarse de fregar los platos quien ha pagado la vajilla***

*Las mujeres,  
hartas de la  
insolidaridad de  
sus  
compañeros,  
optan por la  
separación*

derá de los ingresos que obtengan las mujeres de su actividad profesional. Porque, cuando esos ingresos son altos, comienza a producirse un fenómeno que hubiera sido impensable poco tiempo atrás: la revista estadounidense *Business Week* relataba que en las parejas en las que las mujeres disponen de ingresos superiores a los hombres, el 51 por ciento de los varones dedican más tiempo a las tareas domésticas que sus compañeras. El artículo terminaba de este modo: "Finalmente, más mujeres profesionales están obteniendo lo que dicen que más necesitan: una esposa". Y el pasado año, la revista *Fortune* destacaba la creciente cantidad de maridos de las altas ejecutivas norteamericanas que abandonan su profesión para dedicarse al cuidado de los hijos y de la casa. Así, vuelve a confirmarse que suele librarse de fregar los platos quien ha pagado la vajilla.

No obstante, en las parejas más pudientes la solución más extendida continúa siendo "externalizar" la desigualdad. Esto es, subcontratar las tareas domésticas, incluyendo el cuidado de los hijos. Contrato al que acceden siempre las mujeres más desfavorecidas, las inmigrantes de forma claramente creciente.

En las clases medias, se generalizan otras conductas destinadas a disminuir el conflicto del trabajo doméstico. Aquí encontramos una clara tendencia a la utilización de servicios exteriores –como restaurantes o lavanderías– que eliminan parte de ese trabajo. Si entre esos servicios no se incluyen los de atención a la infancia y a las madres –entre los que destaca una buena red de guarderías–, nos encontraremos con una disminución del

número de hijos, por la negativa de las mujeres a convertirse en esclavas del trabajo doméstico.

Y tanto en las clases medias como en las más desfavorecidas asistimos, incluso entre las parejas sin hijos, al triunfo de los criterios masculinos. A la reducción de las exigencias del trabajo de la casa. Esto es, que cada vez se generaliza más el comportamiento de lo que se consideraba el desastre doméstico del hombre soltero: poca limpieza y mucha comida enlatada. Obviamente, esta vía atenúa tanto el conflicto como la calidad de vida de la pareja.

El recurso que se propaga con más rapidez en los países occidentales no puede considerarse una solución al conflicto de la pareja. Las mujeres, hartas de la insolidaridad de sus compañeros, optan por la separación y acarrear con dos trabajos: el que todos denominan trabajo, y el que realizan en casa.

En cualquier caso, una cosa está clara: las decisiones cada vez son más individuales, como no podía ser de otro modo en una sociedad individualizada. Y continuarán siéndolo de forma creciente, porque la añoranza por las edulcoradas imágenes de la identidad cultural perdida no van a disminuir un ápice ese proceso social de individualización.

Y bien podemos concluir con la misma pregunta con la que comenzábamos: ¿Tiene alguna relación la pelea sobre quién friega los platos con el amor, la realización personal, la igualdad entre las personas, la liberación de la mujer, la identidad cultural o el individualismo? *The answer, my friend, is blowing in the wind.*